

# Zoológicos: De las rejas a la naturaleza: Cambiar para conservar

por Carlos Fernández Balboa

El director del zoológico de Buenos Aires, Claudio Bertonatti, con uno de los "pensionistas" del zoo porteño, siguiendo de cerca todo el proceso del cambio de un zoo victoriano a un zoo del siglo XXI.

La muerte del oso polar Winner en el zoológico de Buenos Aires desató una verdadera polémica que no se detendrá pensando utópicamente en "cerrar todos los zoológicos", como tampoco la situación política del 2001 se salvaba con el "que se vayan todos", ni la corrupción policial es un "matenlos a todos". Como todas las cosas en la vida, la verdad siempre se encuentra en el justo medio. Pero estos momentos de crisis son los ideales para re-plantear y —como título el médico veterinario Fidel Bascheto su libro que debería ser un clásico del movimiento ambiental argentino "Repensar los zoológicos".

Para muchos, un paseo tradicional. Para otros, un negocio maquillado de verde. En nuestro país algunos funcionan como circos y no faltan los que parecen depósitos de animales. Pero los zoológicos son —y serán— instrumentos claves para conservar la biodiversidad. Los zoológicos argentinos son visitados por varios millones de personas al año. Suelen ser uno de los clásicos paseos de fin de semana y, de hecho, muchos lo disfrutan. Otros, en cambio, lo aborrecen. Sobre todo, los que piensan más allá de la recreación. Pero no se trata de estar a favor o en contra, sino de lograr que cumplan con sus objetivos, que no son nuevos. Y para demostrarlo, podemos citar las palabras del fundador del zoológico porteño, quien hace más de un siglo, ya "la tenía clara". En 1893, Eduardo Ladislao Holmberg escribió:

*"Un Jardín zoológico es una institución científica. Por sus exterioridades puede pasar inadvertido el carácter fundamental de su existencia, para aquellos que acostumbran examinar solamente la superficie de las cosas, pero el observador concienzudo encontrará siempre en los establecimientos de su clase, un vasto campo rico en cuadros de enser, donde la Naturaleza, no por hallarse estrechada en límites artificiales, dejará de hablarle con la voz elocuente de los hechos. Un Jardín zoológico no es un lujo, no es ostentación vanidosa y superficial. Es un complemento amable y severo de las leyes nacionales relativas a la Instrucción pública."*

Un zoológico —al igual que un jardín botánico, un parque nacional u otra institución que conserva el patrimonio común— comparte los cuatro pilares del accionar que define al museo: Quien este escribe es licenciado en Museología, y la posibilidad de conservar, investigar, educar y recrear se da en estas instituciones de preservación cultural que también están subvaluadas. Sabemos que no todos contemplan estos aspectos. Algunos, por su misión específica, como el caso de las "estaciones de cría", que tienen como prioridad la reproducción en cautiverio de una o más especies. En otros casos, por falta de claridad. Por ello, la mayor parte de los 200 zoológicos que existen en la Argentina desarrollan solo algunas de estas funciones. Y, cuando lo hacen con eficiencia, comúnmente se debe más a impulsos o motivaciones personales, que a una clara política institucional. Seamos sinceros: conocemos muchos que no cumplen con ninguna función, pese a que se autodenominan "zoológico".



Claudio Bertonatti el flamante Director del Jardín Zoológico (enero de 2012) asistiendo a la rehabilitación de un rapaz, dentro del programa de rehabilitación de rapaces del zoo.



Las estrategias de educación mostrando —por ejemplo— la rehabilitación de las rapaces es una característica de esta nueva gestión del zoo de Buenos Aires.

La renovación de la cartelera y los ambientes es una necesidad que está siendo llevada adelante.

Si nos detenemos en las necesidades básicas de un animal cautivo, tendríamos que apuntar otros cuatro puntos:

- 1) animal adecuado, con un refugio de seguridad, que le permita refugiarse u ocultarse en caso de tensión;
- 2) pareja (para reproducirse) y/o grupo de compañeros, si se trata de un animal de hábitos sociales;
- 3) alimentación en cantidad y calidad suficiente;
- 4) inmunidad contra el aburrimiento, a través de actividades, materiales de juego o "mobiliario" que enriquezca su ambiente y lo torne apto para todo tipo de ejercicios.

Todo esto suena ideal, pero la mayoría de nuestros zoológicos no son así. Los buenos son pocos. En parte, porque los zoológicos no suelen ser concebidos como promovía Eduardo Ladislao Holmberg el de Buenos Aires en 1887, política que siguió Clemente Onelli de 1905 a 1924 y recién continúa con esa línea —absolutamente actualizada— Claudio Bertonatti en el año 2012.

Pareciera que si muchos zoos se dedicaran a investigar, conservar y educar —con la misma energía con que ofrecen sus servicios recreativos— serían aburridos para sus visitantes y venderían menos entradas. Esto podría apreciar el valor de estos objetivos. En parte, por culpa de los propios zoológicos, que suelen promocionarse como meras ofertas para el esparcimiento.

El resultado es triste: aunque resulten menos ambulantes y transitorios que los circos, en no pocos casos tienen el mismo nivel de trayectoria científica, educativa y conservacionista.

También tenemos los zoológicos "con cola de paja", que promocionan sus esfuerzos de conservación de un modo, digamos, exagerado, cuando en realidad sus verdaderos resultados con la especie "conservada" podrían ser equivalentes a los de un jardinero con una pala en un programa de reforestación nacional. Lo peor no es que la gente dé por ciertos dichos "logros", sino que los propios funcionarios de los zoológicos se autoconvenzan de los mismos. La verdad es que, salvo contados casos mundiales —como los zoológicos de Jersey (creado por el naturalista Gerald Durrell) o del Bronx de Nueva York, o el de Frankfurt en Alemania pocos son los ejemplos de zoológicos que han devuelto a la naturaleza algo de lo que pierden. Si nos restringimos a nuestro país. Pensemos, acaso: ¿cuántos zoos han trabajado seriamente en la reproducción y reintroducción de animales a la naturaleza? Hagamos números: ¿cuál es el porcentaje de ejemplares que extraen y cuál es el de los que retornan a su hábitat? Por eso, seguramente, sería mejor que se concentraran en exhibir y conservar menos cantidad de especies, pero con más atención. Lo ideal, y respetando condiciones ambientales y de interés local, es que esas especies sean autóctonas, y mejor todavía si lo son de su región o provincia.

En la mira: el zoo Eduardo Ladislao Holmberg de la ciudad de Buenos Aires.



Los rinocerontes blancos del zoo, especie amenazada de extinción que —in embargo— merece una revisión en cuanto a la tenencia de especies exóticas cuyo aporte a la conservación en la Argentina es relativo. Esta "herencia" de un zoo que priorizaba la exhibición sobre la conservación está siendo revertida en el zoo

En los últimos 20 años el zoo de Buenos Aires tuvo una suerte similar a la de la Argentina: Administraciones que no tenían un plan de acción, gobiernos corruptos (o que parecieron serlo haciendo desaparecer su biblioteca pública o descuidando el patrimonio edilicio y los animales que albergaban) y básicamente un manejo sin rumbo claro en el sentido de lo que se espera de los zoológicos del siglo XXI. Es decir instituciones que se ocupen de conservar la naturaleza con todas las premisas que ya hemos descrito.

El año pasado —comienzos del 2012— los conservacionistas festejamos la llegada de Claudio Bertonatti como director del zoo e identificamos que, desde la época de Onelli (1924) la institución no tenía un timonel que tuviera trayectoria y estuviera a la altura de las circunstancias como hoy lo tiene.

Lo primero que hizo el flamante director fue elaborar un plan zoológico que básicamente fuera hacer un zoológico sin rejas, un zoo con menos fauna, que priorizara la fauna nativa y en peligro de extinción, un zoológico que —como su trayectoria de 25 años en la Fundación Vida Silvestre y consecuente con su rol de educador de cientos de ambientalistas de Argentina— estuviera claramente a favor de la conservación de la naturaleza. El plan elaborado es de dominio público. Al mismo tiempo Claudio Bertonatti supo rodearse de un equipo de destacados conservacionistas y profesionales reconocidos localmente: Por mencionar algunos: Gustavo Aprile (a cargo del área de conservación) Luis Jácome (a cargo del proyecto Condor) Sergio Fernández (a cargo del área de educación) Miguel Rivolta (a cargo del área de veterinaria) Alejandro Chacharo (a cargo del mantenimiento), Ana María Pirra (comunicación institucional) Diego Albareda (a cargo de programa de tortugas o mamíferos marinos) y Adrián Sestelo (una mente brillante a cargo del Laboratorio de Biotecnología Reproductiva).

Además de guardianes y otros profesionales que sería muy largo de enumerar. Todos, además de ser impresionantes profesionales con trayectoria y un currículo abultado tienen algo que otros zoos carecen o son menos obvios: UN FUERTE Y DEMOSTRADO COMPROMISO POR LA CONSERVACION DE LA NATURALEZA.

Mientras tanto deberíamos poner en la mira o "ajusticiar" verdaderamente a varias instituciones que no tienen ni la vocación ni la capacidad técnica conservacionista, que las hay y muchas. La más cercana y "visible", ya que realiza propaganda pública para ser visitada por parte de turistas en la calle Florida y con varios anuncios en Internet, es el llamado "zoológico" de Luján: Un sitio que ha sido denunciado reiteradas veces por su modus operandi de permitir el contacto directo del visitante con los animales silvestre, transgrediendo claramente una norma de la provincia de Buenos Aires. Un lugar que —desde el mensaje institucional— ya crea confusión diciendo que los leones, tigres o elefantes no son animales "salvajes" porque son tratados "con cariño" desde el cautiverio y que presenta una serie de "irregularidades" como el estado de permanente somnolencia de muchos animales que hacen suponer algún tipo de manejo no demasiado ético.

Un mamarracho desde lo educativo y desde la comunicación, sin ningún aporte a la conservación de las especies silvestres, pero que —evidentemente— tiene una fuerte influencia política, ya que sobrevive a reiterados cierres, sin dejar de ser un lugar peligroso para el visitante y un pésimo ejemplo de lo educativo que es un zoo.

Todos tienen la decisión férrea de que el zoo debe cambiar. Todos conciben el desafío y lo han afrontado con soltura y capacidad técnica. Es por eso que en menos de un año se ha conseguido liberado lobos marinos, cóndores, tortugas marinas, se ha trabajado en un plan de acción que es público y en cambiar algunos ambientes adaptándolos para recibir a especies de aves provenientes del tráfico ilegal, se ha intensificado el laboratorio de crío conservación y se ha asistido a congresos y tomado contacto con organismos internacionales para aprender y compartir experiencias de conservación, como el caso del yaguararé y de pequeños felinos que es otro ambicioso proyecto institucional.

En medio de este trabajo intenso y —ante la oportunidad de cambio— se suscita la muerte de Winner el oso polar, lo que desata una campaña y una manifestación exageradamente injusta por parte de un grupo de —creemos— bien intencionados pero desinformados ciudadanos que son impulsados más por el corazón que por la cabeza.

Porque si esta guerra sin tregua que se le declara a Claudio Bertonatti y su equipo cuando por primera vez se vislumbra un horizonte venturoso para los animales encerrados en el zoo porteño...¿qué habría que haberle hecho al mamarracho de Sofovich en la década del 90?

¿O a Miguel Grimback cuando el zoológico se manejaba como un show y los responsables provenían también de la radio y del mundo del show? Es —como mínimo— injusto. Y mucho más cuando las propuestas... lo dejamos al comienzo de esta nota— no es realista. Proponer cerrar zoológicos es como proponer volver a tomar agua del Río de la Plata sin purificar, o que nos vayamos todos al campo. ¿Que nos gustaría que sucediera? Por supuesto...pero que es tan imposible como que nos gustaría que el hombre vuelva a estar en total armonía con la naturaleza. El desequilibrio ya está hecho y no hay vuelta atrás. Por ejemplo no habría nada que hacer con las especies que no pueden reintroducirse en la naturaleza (el 90% del plantel) y en el caso de muchas especies (rinocerontes, por ejemplo, su hábitat está absolutamente modificado). Verdaderamente que las propuestas desde el punto de vista técnico de los que piden cerrar el zoo, son inviables y poco realistas incluso a largo plazo. El zoo de Buenos Aires hoy tiene una hermosa oportunidad, quizás como la tuvo la Argentina en el 2002...no debemos desaprovecharla....

Se está trabajando en la renovación de una cartelera interpretativa que permita entender al visitante las funciones de un zoo moderno.

Se está trabajando en la renovación de una cartelera interpretativa que permita entender al visitante las funciones de un zoo moderno.

Muchos de la provincia de Buenos Aires o de pequeñas localidades turísticas de Córdoba no tienen nada que enviarle a Auschwitz y su mínima expresión. En este caso, debemos llamar a las cosas por su nombre, que será "circo" o "depósito de animales enjaulados". Sería injusto y erróneo asumir que toda colección de animales silvestres en cautiverio los conserva e investiga, además de recrear y educar a los visitantes. Muchas son pantallas del tráfico de fauna, de la relación enfermiza de algunos "directores" o "propietarios" con el mundo animal, de un proteccionismo mal entendido y de muchos otros factores que no justifican ni por cerca el sacrificio de un animal en cautiverio.

En muchas personas, los zoológicos generan rechazo —muchas veces justificada— no por incumplir con la tarea para la que debieron ser concebidos, sino por el sentido que los humanos tenemos sobre la libertad. La preocupación del público, en este sentido, es noble, pero, en su mayor parte, equivocada, porque los animales no tienen el mismo concepto sobre la libertad que nosotros. Científicamente, se ha comprobado que los ejemplares de la fauna silvestre tienen requerimientos básicos que, si se conocen y respetan (como las dimensiones del territorio, el tipo de alimentación, sus hábitos, etc.), vivirán bien y en algunos casos con un promedio de vida mayor que en la naturaleza.

El encierro y el respeto de esos requerimientos marcan la diferencia entre un zoológico moderno que actúa como un centro de conservación y lo que se llamaba "casa de fieras" en tiempos victorianos. Pero no nos confundamos: la solución ideal no consiste en lograr una imitación exacta del hábitat natural, sino en adaptar el terreno y la atención del zoológico a las necesidades biológicas del pensionado.

Esto exige tanta responsabilidad y conocimiento como la de salvarle la vida o educar a una persona. Para eso hay que estar preparado.

No se trata tampoco de que el animal esté divirtiéndose todo el tiempo, sino que esté al servicio de un plan de conservación en beneficio de su especie.

¿Para qué está cautivo, si no? ¿Merece esa animal el sacrificio en caso de que su "embajada" no redunde en asegurar —de todas formas posibles— la preservación de la misma? Pensemos que un plan de conservación puede involucrar a cabo de diferentes formas. A veces, a través de su cría intensiva. En otras ocasiones, por medio de planes de educación ambiental, que fortalezcan la conciencia sobre los problemas ambientales. En definitiva, es tan importante reproducir tortugas terrestres para repoblar áreas donde la gente que no debe comprarlas en las tiendas de mascotas, porque su venta está prohibida y porque se extinguen. En consecuencia, todo esto debe contemplarse al momento de fundar un zoológico, junto con cuatro puntos básicos: las necesidades del animal, las necesidades de la persona que lo cuidará, el público que deseará verlo y los objetivos estéticos del arquitecto, paisajista o dueño del zoológico.



Muchas acciones de rehabilitación y devolución de fauna a la naturaleza están siendo llevadas adelante en esta nueva gestión. Lamentablemente no son noticia para los medios masivos de comunicación, como si lo es, la muerte —inevitable— de algunos animales.



El Director del zoológico de Buenos Aires Claudio Bertonatti en su despacho. Atrás los directores rectores de la institución Eduardo Ladislao Holmberg y Clemente Onelli.



Los rinocerontes blancos del zoo, especie amenazada de extinción que —in embargo— merece una revisión en cuanto a la tenencia de especies exóticas cuyo aporte a la conservación en la Argentina es relativo. Esta "herencia" de un zoo que priorizaba la exhibición sobre la conservación está siendo revertida en el zoo



Estrategias de participación que permita a los visitantes "sentirse parte" del zoo, otras de las ideas modernas del zoo.



Se está trabajando en la renovación de una cartelera interpretativa que permita entender al visitante las funciones de un zoo moderno.



Se está trabajando en la renovación de una cartelera interpretativa que permita entender al visitante las funciones de un zoo moderno.



Se está trabajando en la renovación de una cartelera interpretativa que permita entender al visitante las funciones de un zoo moderno.



Se está trabajando en la renovación de una cartelera interpretativa que permita entender al visitante las funciones de un zoo moderno.



Se está trabajando en la renovación de una cartelera interpretativa que permita entender al visitante las funciones de un zoo moderno.



Se está trabajando en la renovación de una cartelera interpretativa que permita entender al visitante las funciones de un zoo moderno.



Se está trabajando en la renovación de una cartelera interpretativa que permita entender al visitante las funciones de un zoo moderno.